

aire funesto del Terai, que ha venido á ser para ellos, por una asimilación secular, la atmósfera necesaria y saludable. Si abandonan sus rincones infectos por el libre espacio y las brisas puras de las costas ó de las llanuras, se debilitan y mueren. Los salvajes que los rodean, ya tan groseros, los abruman de menosprecio suponiendo que viven con los tigres y que sus hijos crecen confundidos con las crías de los animales de todas clases.

Tienen los irulas con todo una virtud, la de la absoluta franqueza; acaso su inteligencia no se eleve hasta la ficción; el hecho es que la palabra de estos seres desgraciados prevalecería contra los juramentos más sagrados de los bracmanes.

Por toda industria trabajan los irulas el mimbre. Constituyen la base de su alimentación raíces, frutos y bayas salvajes.

6.º — GRUPOS DIVERSOS DE POBLACIONES SALVAJES DEL SUR DE LA INDIA

El macizo del Anamalah, que se levanta al Sur de los montes Nilghirris, encierra también tribus salvajes análogas; pero es preciso siempre exceptuar de esta comparación á los todas, que, como hemos visto, forman un grupo completamente aparte.

Los habitantes del Anamalah son los kaderes, que se llaman señores de los montes y se creerían deshonorados si cultivasen la tierra; se dedican á la caza. La agricultura está abandonada á los malsares, y los paliyares son, en fin, pastores ó mercaderes. Estos últimos dejan llegar hasta los riñones su cabellera espesa y rebelde, lo que les da aire de feroces. Los antropólogos creen poder conexas estas razas á las negras del archipiélago malayo.

Otros grupos salvajes protodraavidianos se encuentran aún en la India meridional. Se parecen estos grupos más ó menos por su aspecto, sus costumbres, sus ocupaciones y su religión, que no es sino un grosero fetichismo unido á la adoración de los espíritus, á los pueblos que acabamos de describir. Mencionaremos someramente los más principales de esos grupos. Son estos:

Los *chanares*, que ocupan la extremidad meridional de la península, el Sur de Travancore y el cabo Comorín. Ascienden aproximadamente á 500.000, de los cuales 100.000, poco más ó menos, se han convertido al cristianismo. Los otros rinden culto á los espíritus de los muertos. Elévanse á la entrada de sus ciudades pequeñas pirámides sobre las que depositan ofrendas y frutos, granos y flores, destinados á atraer la protección de los buenos genios. Los chanares se dedican exclusivamente al cultivo de las palmeras. Estos preciosos árboles bastan á cubrir todas sus necesidades, pero su explotación es ruda y fatigosa. Hablan los chanares la lengua tamul, lo mismo que sus vecinos los ilavas, que no se diferencian de ellos gran cosa.

Sobre las alturas de los montes Alighirris, que prolongan al Sur el macizo del Anamalah, habitan los *kanikhaves* que construyen sus ligeras habitaciones en las ramas de los árboles á fin de librarse de los venados de toda especie. En ese pueblo primitivo la propiedad es desconocida y los bienes son comunes; han pasado ya, sin embargo, de la poliandria á la monogamia, progreso que raramente se observa en los salvajes de la India.

Los *nayadis*, de los que habitan algunos alrededor de Calcuta y los demás en las cercanías del lago Pulikat, forman una de las más miserables poblaciones salvajes del Sur de la India. Recientemente no sabían aún encender fuego sino por el frotamiento de dos ramas secas.

Los *kolleres*, que pueblan las regiones montañosas de Coimbatour y de Madura, han renunciado desde hace poquísimo tiempo á las costumbres sangrientas. Antes un hombre que quisiese llevar la desgracia á su enemigo, cogía uno de sus propios hijos é iba á degollarlo al umbral de la casa de aquel á quien odiaba.

7.º — POBLACIONES DE LAS PROVINCIAS CENTRALES Ó GONDWANA

Terminada nuestra somera descripción de las razas del Sur de la India, remontaremos hacia el Norte del Dekkán y tendremos la vista sobre el sombrío macizo del Gondwana, situado al

centro de la península y que, apenas aún hoy explorado, encierra los restos de antiguas poblaciones que ha conservado al abrigo de las invasiones sobre sus mesetas inaccesibles ó en sus desfiladeros profundos.

Llámase Gondwana la región montañosa que forma el punto culminante de la península. Separa completamente la India gan-gética ó Indostán de la India meridional ó Dekkán. Participa á la vez el Gondwana, por su clima, su fauna y su flora, de esas dos comarcas entre las cuales interpone su masa infranqueable. Contra el Gondwana se han malogrado todas las invasiones. Se han detenido á sus pies, y si alguna vez lo han pasado ha sido sólo rodeándolo. Desde sus cimas se esparcen en todas direcciones, hacia el Ganges, hacia el golfo de Bengala ó hacia el mar de Omán, ríos que confunden sus manantiales en esas misteriosas alturas.

La palabra infranqueable que hemos empleado no es la más propia desde hace veinte años. Pero ese corto espacio de tiempo y los milagros que ha visto el Gondwana realizarse gracias á los descubrimientos de la ciencia moderna, no pueden ser tomados en consideración cuando estudiamos las razas de la India y el estado á que han podido llegar por su solo desenvolvimiento y bajo la influencia prolongada de los medios en que han vivido.

Verdad es, sin duda, que, por ejemplo, los sacrificios humanos, prohibidos por el gobierno inglés, han cesado en muchas partes; verdad que las exigencias de la cultura inglesa han generalmente sustituido con la tela de Mánchester el ramo de hojas, único vestido de los habitantes desde hacía siglos; verdad que el camino de hierro de Bombay á Calcuta bordea el Nerbudda que limita al Norte las provincias centrales, y que una segunda línea, pasando por Nagpur, penetra en el corazón mismo del país de los gondes. Es verdad, además, que en medio siglo nada quedará quizá de las costumbres, de las creencias, de los hábitos que se han mantenido inmutables en el centro de la India durante miles de años. Pero aunque la hora de su desaparición esté próxima, no ha sonado aún, y es hoy posible estudiar

las poblaciones del Gondwana tales como subsisten bajo su forma primitiva en las regiones selváticas é insalubres de la comarca. Las de la llanura ó las de las mesetas fácilmente accesibles se indianizan rápidamente.

Los gondes, que han dado su nombre al país, ascienden á varios millones; pero sólo un millón y medio aproximadamente se conserva en estado completamente salvaje.

En el Sudeste de la comarca, hacia los manantiales del Pranhita y del Indravati, afluentes del Godavéry; hacia el Nordeste, en el macizo del Amarkantak y también en las montañas que bordean el curso superior del Nerbudda, es donde los últimos vestigios de la barbarie han encontrado un refugio contra la marcha invasora de la civilización en el Gondwana. Sobre esas regiones aún inexploradas circulan las mismas leyendas que hallamos en los libros arios relativas á todo el macizo central. Los indos de la llanura las describen como bosques llenos de gigantes árboles, bajo cuyo follaje reina una sombra temible y flotan mortales miasmas; añaden que los habitantes de esos bosques son feroces animales de gigantesca talla y horrorosos monos que recuerdan la apariencia humana. De este modo representaba la imaginación á los antiguos invasores de la India la vasta extensión de las mesetas á que rechazaron á los aborígenes vencidos, pero donde no osaron ellos mismos penetrar.

Los maharattes fueron los que en el siglo XVIII se aventuraron primero en el Gondwana y establecieron allí su dominación, que no fué, por otra parte, jamás muy efectiva. Los esfuerzos de los ingleses han abierto definitivamente en nuestros días el país y perseguido la barbarie primitiva en sus temibles asilos.

Los pueblos que se refugiaron un tiempo en el Gondwana y se han encontrado allí rechazados de día en día por las invasiones, pertenecen á tres principales grupos: los bhiles, los koles y los gondes; estos últimos, más numerosos y de más antiguo establecidos en el país, son los que le han dado su nombre.

Hemos estudiado ya los bhiles; por otra parte, apenas quedan 20.000 en el Gondwana. La verdadera residencia de esta raza

dravidiana está más al Norte y más al Oeste. En cuanto á los koles, que no son sino también dravidianos, se cuentan aproximadamente 40.000 en las provincias centrales; se extienden sobre todo en el Chota Nagpore sobre la costa de Orissa, y hasta en el Bengala, donde los hemos hallado. Dos de sus tribus, los kurkus en los valles de Mahadeo, y los khondes, que no hay que confundir con los gondes, están igualmente comprendidos entre los habitantes del Gondwana. Sin perjuicio de reservar á los koles del Chota Nagpore un párrafo especial en que indicaremos los caracteres generales de sus diferentes poblaciones, vamos á ocuparnos exclusivamente de los gondes, verdadera base de la población en el Gondwana y el grupo étnico más importante en cuanto al número entre los aborígenes de la India.

Si los gondes no son una raza autóctona, puede por lo menos clasificárselos entre los protodravidianos como los más aproximados al tipo negrito primitivo. Muy feos, muy pequeños, muy negros, ocupan un grado muy inferior en la escala de las razas. Sus miembros, no obstante, son robustos y de buena musculatura, y ofrecen así un contraste con la apariencia ruin y casi disforme de ciertos salvajes de los Nilghirris y con la delgadez un tanto exagerada del indo. Su cara es vulgar, su nariz aplastada, sus labios gruesos, sus ojos pequeños, pero horizontales, y su cabellera de un negro brillante cae en ásperos mechones sobre las mejillas. Su traje consiste en una simple banda de tela alrededor de la cintura y otra alrededor de la cabeza. El de las mujeres, un poco más complicado, se compone de una pieza de tela que les envuelve las caderas y sube hasta la espalda cubriendo la mitad del busto. Pero se hallará aún entre los grupos aislados individuos que no han pasado del antiguo cinturón de hojas. Con frecuencia sopla sobre esas mesetas el viento Nordeste con fuerza, y resúltales á los gondes su vestido insuficiente contra el rigor del aire de la tarde ó de las primeras horas de la mañana: en este caso encienden grandes hogueras, alrededor de las cuales se calientan; pero les daría vergüenza añadir nada á su traje tradicional: su decencia es exactamente lo contrario de la nuestra.

Sus armas son muy sencillas: varios de ellos no conocen siquiera ni el arco ni las flechas; pero con el hacha que tienen siempre en la mano, lo mismo derriban la caza que el enemigo



Indos de casta inferior, conductores de palanquín

que los acomete, las enormes ramas que obstruyen su camino en el bosque ó el mismo tigre que persiguen audazmente hasta en su madriguera.

Si desdeñan cubrirse y armarse, en cambio ponen el mayor